

La visita del Papa JUAN PABLO II Y EL PUEBLO

Mikel Munárriz

Son las 4 de la tarde del 26 de Enero. Caracas, Maracaibo, Valencia... todas las ciudades y pueblos del país quedan paralizadas y sus calles semidesérticas.

Solamente el Aeropuerto Simón Bolívar de Maiquetía y la ruta que debía recorrer el Papa hasta llegar a Miraflores, aparecen repletas de una multitud que espera ansiosa y expectante. El resto de la población se apiña frente a los televisores para seguir de cerca el acontecimiento. Fue el comienzo, y a la vez señal y preludeo, de lo que serían los tres días que duró la Visita del Papa Juan Pablo II a Venezuela.

DOS PROTAGONISTAS: EL PAPA Y EL PUEBLO

Una vez transcurridos estos tres días, cuando ya el Papa se ha ido, mucho se ha hablado y escrito de lo que pasó. Siempre en un mismo tono: de la buena organización, de la masiva y, a la vez, gozosa y ordenada participación. Se siente y se muestra alegría por "la buena imagen" que hemos sabido dar. Se buscan los "responsables" de este éxito... Ciertamente, organizadores y colaboradores, desde la jerarquía de la Iglesia y los laicos que la acompañaron, desde el Estado, sus representantes y sus cuerpos encargados del orden, hasta los Medios de Comunicación Social y los obreros que prepararon la infraestructura física para las concentraciones y encuentros, con los miles de voluntarios que colaboraron en cada momento, merecen una palabra de reconocimiento.

Pero ellos mismos son los primeros en señalar que los resultados superaron a las más optimistas expectativas. En el fondo todo el éxito se debió a quienes fueron los verdaderos y grandes protagonistas: El Papa y el Pueblo.

El Papa

La imagen de los Papas aparece para muchos como rodeada de un halo sagrado, en ocasiones casi mítico, que la hace atractiva e interesante. Pero quien vino no fue un Papa, sino, en con-

creto, el Papa Juan Pablo II. Con ese estilo tan suyo de "saber estar" —y saber estar "a gusto"— en el centro de las multitudes. Un saber estar que no pocas veces le ha valido el calificativo —hasta expresado como alabanza— de **showman**. No. Juan Pablo no es un showman, un actor. No es alguien que representa un papel. Es alguien que **vive muy intensamente** lo que es y lo que hace. Su ser Padre y Pastor de la Iglesia, su unión con Dios y su interés por los hombres, hijos de ese Dios. Cuando agarrado del báculo se concentra en reverente escucha de la Palabra de Dios; cuando se postra en silenciosa oración; cuando la sonrisa le juguetea en los labios agradeciendo el cariño y el homenaje; cuando rompiendo protocolos y pautas de seguridad o, incluso, ritmos de la liturgia se detiene para acariciar a los niños o abrazar a los enfermos; cuando habla subrayando frases con exigencias de autoridad; Juan Pablo II no está representando ningún papel, sino que está viviendo intensamente lo que es y lo que siente. Y porque lo vive, lo trasluce en talante, gesto y postura cargados de poder de comunicación. Que se captan y se entienden, que calan hondo, hasta llegar frescos y exigentes a los corazones de las personas y de las masas.

El Pueblo

Personajes públicos, comunicadores sociales y hasta figuras de la Iglesia han exaltado el comportamiento del pueblo. Lo han alabado por la "buena imagen" del país, que ha mostrado ante el ilustre visitante y ante los televidentes de otros países. Casi unánimemente se ha utilizado un adjetivo para calificar la actitud y el comportamiento popular: **el civismo...**

Pienso que ha sido algo mucho más profundo que el mero civismo como motivación y como norma de nuestro pueblo. El civismo podría haber generado un comportamiento correcto, un acatamiento a las normas previstas, una participación hasta, si se quiere, sentida... Pero se ha dado más que eso. Porque lo que movía y normaba comportamientos y actitudes era la fe que se traducía en todo momento en talantes religiosos.

Más allá de la convocatoria —abun-

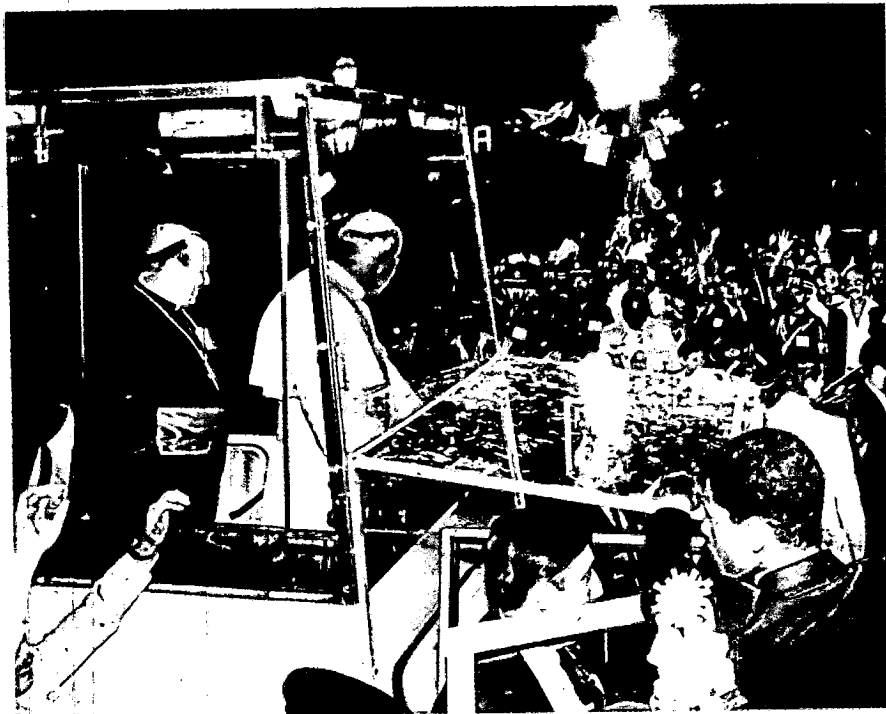
dante y fuerte, ciertamente— de los medios de comunicación e incluso de la Misión Nacional, el pueblo venezolano se ha reunido convocado por su fe. Para esa fe, el Papa era una figura religiosa, casi sagrada, cercana a Dios. Más aún: esa fe le hacía sentir que **Dios quería** que fuera a encontrarse con el Papa. Supo que era algo lindo atender a ese llamado. Hasta sintió que no sólo valía la pena hacer cualquier sacrificio por responder con entusiasmo y alegría a esa llamada, sino que entendió que cuanto más costara, cuanto más sacrificio supusiera el poder estar presente, más valía la respuesta.

Por ello las concentraciones y las liturgias, los encuentros y hasta los traslados del Papa, tuvieron un no se qué de acto religioso. De allí manaba el comportamiento siempre digno de las multitudes. Cuando digo digno no quiero decir solemne o acartonado. Al contrario: era un ambiente festivo, con todo lo que la fiesta tiene de alegría bulliciosa, de compartir con los otros, de romper desde el símbolo y la esperanza con la monotonía de la cotidianidad, incluso de exceso, que se manifestaba en aplausos, aclamaciones y hasta corridas para verlo más de cerca...

Todo fue algo nacido de la fe y, por consiguiente, expresado religiosamente. Porque se hacía algo religioso, se dio ese comportamiento alegre y participativo, pero a la vez lleno de dignidad y obediente a las normas, que tanto nos enorgullece y, hay que confesarlo, un poco nos asombra, del pueblo venezolano.

(NOTA ESPECIAL PARA INTELLECTUALES)

A algunos de nosotros, quizás, desde nuestra "racionalidad" o desde nuestro "cristianismo adulto", nos hubiera gustado otra cosa. Qué sé yo...: que esa fe hubiera expresado el saber que el Papa tiene más dignidad por ser hombre que por ser Papa... que esa fe se hubiera revelado contra las simbolizaciones de una Iglesia absolutamente piramidal... que se hubiera tapado los oídos frente a slogans tan mistificadores como esos de "es Cristo a quien vamos a ver"... Que hubiera mostrado más adecuadamente que a Cristo se le debe reconocer



muy principalmente en los "rostros muy concretos" e interpelantes de los pobres, los oprimidos, los que sufren (Puebla 31 y sgtes.)...

Puede ser que una fe así, tan ilustrada y tan pura, hubiera sido "mejor"... Yo estoy seguro que el Papa en la tierra y, lo que importa más, el Padre Bueno en el cielo, se sintieron complacidos con esa fe popular.

Para el cristiano "pata en el suelo" fue importante haber estado allí a donde se le convocaba no para recibir promesas y pedirle votos, sino, simplemente, para estar presente, para ver, oír, participar... para algo totalmente gratuito, donde él gratuitamente también, daba lo mejor de sí. Una vez más el pueblo "supo crear espacios para ejercer la fraternidad... y para avanzar en su liberación tan ansiada" (Puebla 452).

Confieso que me darían pena las personas que no hubieran sabido vibrar con esa fe popular. Porque hubieran perdido una hermosa y quizás única ocasión de renovar su fe. Aunque no fuera más que por aquello de que "si no se hacen como los niños, no podrán entrar en el cielo..."

DE LA ORGANIZACION Y DE LOS RESULTADOS

Da la impresión de que quienes organizaron la visita del Santo Padre a Venezuela pusieron más énfasis en las concentraciones multitudinarias que en los encuentros con grupos particulares y, sobre todo, que en las visitas a estableci-

mientos o lugares especiales. No sé si esa opción se dio desde el apremio del poco tiempo con que se contaba o desde la añoranza por una Iglesia triunfalista o desde la decisión de no presentar aspectos que pudieran haber sido conflictivos o, al menos, poco "dignos"... Pero, vistos los resultados, creo que se pueden afirmar dos cosas: que las palabras del Papa tuvieron en los encuentros una concreción superior a la que lograron —y a la que era posible— en las grandes concentraciones. Que faltaron encuentros o visitas que hubieran sido importantes para nuestra Iglesia y para nuestro país, como pudieron haber sido la visita a un barrio marginal, a los enfermos de un hospital o los encuentros con campesinos e indígenas.

Es cierto que las visitas del Papa, cuando comprenden en un solo viaje varios países, suelen "repartir" entre ellos los diferentes grupos o estamentos sociales a quienes el Santo Padre quiere visitar y dirigir la palabra. Así algunos de los encuentros o visitas que echamos a faltar en Venezuela ya se han realizado —en el momento de escribir estas líneas— en Ecuador. En ese caso habría que reclamar la incongruencia de nuestra Televisión, tan celosa de proclamar a los cuatro vientos que producía sus imágenes para 50 países, y que tan poco nos han querido o podido dar de la visita del Papa al Ecuador y al Perú. Ciertamente lo que el Sumo Pontífice dijo allí a los habitantes del barrio más pobre de Guayaquil o a los indígenas, lo ha dicho

también para Venezuela. Pero... nos resulta demasiado fácil escondernos en "las diferencias que se dan entre las situaciones de las otras naciones y la nuestra", para no tomarlas como dichas para nosotros. Aparte de que sólo conocemos los resúmenes que envían las agencias y la selección que hacen nuestros diarios. Solamente los pocos que tienen acceso a revistas especializadas de esos países podrán conocer lo que el Papa tenía que decir sobre el problema de los barrios y sobre el problema de los indígenas.

CONCENTRACIONES EUCARISTICAS

Dejamos para otros artículos y secciones de esta misma edición de SIC la presentación de las palabras que el Papa dijo a la Iglesia de Venezuela y las que él escuchó (en afán de diálogo, como recalcará en el acto con los jóvenes) de la Iglesia de Venezuela. Comentamos sólo algunos aspectos de las grandes concentraciones que tuvieron lugar en Montalbán (Caracas), Grano de Oro (Maracaibo), La Hechicera (Mérida) y Alta Vista (Ciudad Guayana).

Caracas

Muchos consideran que la explanada de Montalbán no fue la más adecuada entre las disponibles en nuestra capital. Ciertamente parece irracional el cálculo de un millón y medio de personas, como previeron algunos. No hubo, naturalmente, tanta gente, aunque sí ha sido, con mucho, la concentración humana más numerosa en la historia del país. La explanada, excesivamente alargada y poco profunda, dejaba a ambos lados espacios demasiados alejados para un pueblo que quería ver al Papa y estar cerca de él. Además en esas zonas más alejadas, ni siquiera llegaba bien el sonido... Por ello, a pesar de la enorme densidad humana de las parcelas centrales, lo desierto de las más alejadas, deslucía el acto.

Hermoso, muy hermoso el altar y su entorno. Digno y hasta monumental. En la liturgia destacó la actuación del multitudinario coro. Solemne y digno, concertado y bellísimo cuando cantaba polifonía y peso de acompañamiento cuando cantaba con el pueblo, al entonar canciones más sencillas y conocidas. Se prefirió música venezolana o al menos siempre familiar a los venezolanos.

Como en las demás liturgias eucarísticas, aparte de la presidencia del Santo Padre con toda su unción y carisma personal, los momentos mejor cuidados y más significativos fueron la oración de

los fieles y la presentación de las ofrendas. Lástima que, en general, la TV no supiera presentar adecuada y detalladamente estos momentos.

Maracaibo

Es muy posible que la impresión sea diferente para quienes lo vivieron "desde dentro" que para quienes la presenciaron por TV. Pero en la TV, para mí, fue la celebración menos lograda. El monumento y altar, adosados a la parte de atrás del estadio, con todo lo que de descuido suelen tener esas "partes de atrás", aparecía frío y feo. Un andamiaje de tubos pintados de blanco con algunas playas amarillas... En modo alguno expresaba el ser colorista y hasta barroco del pueblo maracucho. El magnífico tapiz guajiro que hacía de frontis al altar, se perdía en la lejanía y en la frialdad del conjunto.

Tampoco el coro supo encarnarse en su pueblo. Los cantos seleccionados en función de una liturgia seria y europeizante, permitieron el lucimiento de los "niños cantores" pero no calentaban el sentimiento religioso de los maracuchos. Todo parecía como más propio del recinto de una vieja adusta catedral de piedra, que para una misa al aire libre en la "tierra del sol amada".

Todo eso, unido al paso demasiado rápido de la comitiva papal por unas calles repletas de un pueblo paciente y entusiasmado, de gaitas, de adornos y de arcos llenos de color y de luz, parece que terminó por enfriar hasta el congelamiento al caliente pueblo marabino. Hasta el punto que fue el propio Papa el que dando rienda a su cordial humanismo, "desacralizara" el frío ambiente para que la gente se pudiera manifestar, ahora sí, alegre y ruidosa, con sus aplausos.

El intento de introducir al final, fuera de la propia celebración, un poco de folklore nativo, resultó fallido. Ya no hubo tiempo para eso...

Creo que lo de Maracaibo nos deja una enseñanza: para que la liturgia sea lo que debe ser, tiene que contar con el pueblo, con su cultura, con su modo de ser, con sus símbolos expresivos.

Mérida

Fue, seguramente, la transmisión mejor realizada. Al parecer, allí la TV local había ensayado acuciosamente hasta el último detalle, y eso se notaba. Además de que lo retransmitido fue de lo mejor. El monumento y el altar, aunque no tan suntuosos como el de Caracas, fueron realmente hermosos y dig-

nos. Enmarcados en el espléndido paisaje natural y todo resaltado por una decoración y ambientación localista muy bien lograda. También aquí el coro entendió que su principal misión era acompañar los cantos del pueblo reunido en la asamblea.

Mérida nos puede dejar la lección, frente a "sencillos" a ultranza, de que la liturgia es una fiesta, de que la Eucaristía no es una simple comida sino un banquete; en ella lo estético es un valor que no se debe descuidar. Como tampoco el que esa estética se nutra de lo local.

Si la Concelebración de La Hechicera ha quedado como uno de los momentos más cálidamente religiosos, se debe no sólo a que el andino es "la reserva espiritual" de Venezuela, sino a que se supo tener en cuenta y resaltar esos valores.

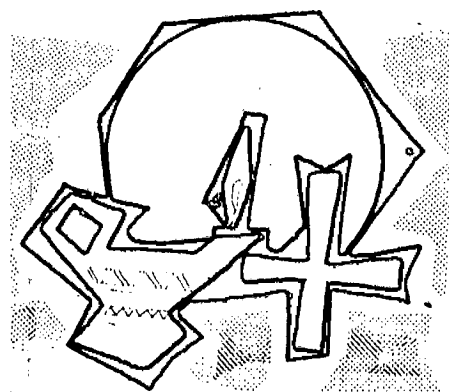
Ciudad Guayana

Esta ciudad aún sin historia suficiente y sin tradiciones, no olvidará nunca el momento en que se encontró a sí misma alrededor del Santo Padre. Naturalmente que no podía contar con las multitudes de otras ciudades. Aun así, fue uno de los actos más hermosos. Su valor principal fue el de haber tocado de frente los problemas de la zona, más aún, los de los pobres de la zona, y el de la digna sencillez. No se presentó un monumento excesivamente grandioso o adornado. Quizás el mejor símbolo de esa sencillez fue el coro, un simple aunque numeroso coro de niños, que supo cantar lo nuestro y acompañar al pueblo que participaba en la celebración y que ha quedado como símbolo de este viaje del Papa a Venezuela en la voz, en la melodía y en la unción de un niño que, con la receptividad de Juan Pablo II, sirvió de catalizador para lanzar a la fama la Canción del Peregrino, desde hace tiempo ya incluida en muchos cantorales de los grupos cristianos. Desde las palabras del Obispo local, la homilía del Papa y las oraciones de los fieles, se afrontaron los problemas de la región. Quienes recibieron la comunión de manos del Papa, miembros de todas las parroquias de las diócesis de la región, representaron mejor que en otras partes, el católico común y popular.

Alta Vista nos deja la necesaria referencia a la vida concreta y la digna sencillez como componentes esenciales de la pastoral litúrgica.

ENCUENTROS

Fuera de los saludos protocolares



en Maiquetía (discurso programático en la llegada y consigna de seguimiento en la despedida), de la entrevista privada con el Presidente de la República, del saludo al cuerpo diplomático, Juan Pablo II participó en los encuentros con los obispos; con la colonia polaca; con los Sacerdotes, Religiosos, Seminaristas y Novicios; con los laicos comprometidos y equipos de la Misión Nacional, empresarios y obreros, juristas y representantes de los medios de comunicación; con los jóvenes; con los obreros en el almuerzo compartido en SIDOR. Tuvo también un encuentro cordial con representantes de otras religiones.

Obispos

Fue, lógicamente, el primero de los encuentros y se realizó en un ambiente de intimidad tal, que ni siquiera fue retransmitido, aunque sí se repartió a la prensa el discurso pronunciado por el Papa, que puede entenderse como una continuación con el que les dirigiera en noviembre con ocasión de la visita de los Pastores Venezolanos a Roma.

Colonia Polaca

Parece que hubiera bastado un saludo a la entrada o salida del Teatro... Para poder realizarlo en la gran sala del Teresa Carreño, hubo que engrosar el grupo polaco con representantes de las colonias de todos los países del este que, ciertamente, vibraron de alegría y entusiasmo. Como que el mismo Juan Pablo II quiso significar su acercamiento a las demás colonias residentes en Venezuela en los saludos que les dirigiera en diferentes actos.

Sacerdotes y religiosos

Empezando por el propio Papa en el tono de su discurso, distinto, más intimista que el resto, todo el acto transcurre en el ambiente de un encuentro largamente deseado de hermanos que participan de los mismos afanes y las mismas ilusiones. Pienso que la diferente misión, espiritualidad y carisma entre sacerdotes

diocesanos y religiosos, hubiera ameritado encuentros diferentes, uno para los primeros y otro para los segundos. Aun así resultó un acto profundamente sentido por todos, cálido, a veces entusiasta ("la fuerza de la mujer en la Iglesia", chisteó el Papa) en el que no sólo las palabras, sino las oraciones, los aplausos, los cantos, lograron un verdadero diálogo entre el Pastor de la Iglesia y sus más asiduos colaboradores.

Laicos

La amplitud de la convocatoria y la poca capacidad de la Catedral, así como la sustancial diversidad cristiana de los asistentes, deslució un poco el acto, a pesar de que las palabras de Juan Pablo II fueron en esta ocasión precisas y concretas. Pienso también que los laicos cualificados representaban más bien al sector de asociaciones tradicionales y muy beneméritas (y que tenían todo el derecho del mundo a encontrarse con el Papa) que al sector más dinámico del laicado venezolano. Muchos representantes del sector empresarial: de los medios de Comunicación solamente empresarios y altos ejecutivos. Pocos obreros y, a tenor de las palabras del Papa, sólo de una de las Centrales obreras, no la más numerosa.

Juventud

El Estadio Universitario repleto de una juventud alegre y entusiasta, que canta y grita consignas, que espera gustosa la actuación de los grupos folklóricos. Pero más la presencia del Padre que tiene una palabra que decirles. Que sabe también rezar y proclamar convencida su fe, una fe exigente que les cuestiona y que critica los valores de una sociedad afiebrada por el culto a los ídolos del poder, del dinero y del placer. Juan Pablo II sabe mostrarse cercano y comprensivo, pero a la vez maestro exigente de esa fe exigente...

Encuentro por lo particular, pero casi concentración por lo multitudinario; hasta los excesos no resultaron vacíos de sentido en el ambiente concreto en que se dieron.

DESAFIO DE FUTURO

Juan Pablo II se fue. Le esperaban otros pueblos. Aquí quedamos nosotros con nuestros problemas. Se ha manifestado un pueblo que quiere marchar y un líder que sabe estar con ese pueblo.

Que no se detenga el caminar de las masas. Y que los líderes sepan serlo... Como ha sucedido en estos días.

La visita del Papa EL MENSAJE Eduardo J. Ortiz

El objetivo de este artículo es simplemente ofrecer un resumen de las palabras que el Papa dirigió al país y al mundo durante los días que pasó entre nosotros.

Todo resumen es selectivo. Por eso aquí no se pretende sustituir el texto original. Simplemente se introduce y facilita su lectura unificando algunas repeticiones, eliminando algunas consideraciones secundarias y ordenando elementos dispersos en diferentes discursos (*).

RENUEVA TU FE

Desde su llegada a Maiquetía Juan Pablo II enfatizó que su visita no era la de un Jefe de Estado sino la de un Pastor.

Venía a "ver y alentar en su camino a la comunidad fiel de Venezuela" (II,1). "Me trae un objetivo bien preciso: tratar de consolidar aquella primera siembra evangélica que se operó en las playas de Cumaná, y que halló pronto expresión visible en la primera diócesis de Coro" (I). "Una obra colosal, realizada con escasez de medios y de personas, cuyo fruto ha penetrado tan hondo en la entraña nacional que ha hecho de la fe católica un rasgo esencial de la identidad venezolana" (II,1).

Esta consolidación de lo ya existente comienza, como ya señalaba el lema de la Misión Nacional previa a la visita, por renovar la fe.

Para lo cual es preciso en primer lugar "exponer íntegra y fielmente la recta doctrina" cuidando de no tomar las "propias teorías" por "la verdad de Cristo" (II,4).

"Pero la fe no sólo ha de ser creída, sino también practicada, aplicada a la vida" (II,4). O como decía ya en su primer discurso no sólo hay que "renovar la fe, sino renovar el país por la conversión del corazón" (I).

Esta llamada a la conversión es un juicio sobre nuestra situación actual como no acorde con el proyecto del evangelio. "El precepto de Cristo 'convertíos', impone una mutación profunda de mente y voluntad, para rechazar el mal cometido y volver sinceramente a la Ley del Señor" (V,3).

El Papa enfatiza la necesidad de la conversión personal, pero la considera

inseparable de la conversión estructural. "No podemos olvidar que la primera meta es la del mayor enriquecimiento interior de la persona para adoptar ante Dios y frente a la realidad actitudes coherentes" (I).

Cuando en Mérida y en el Estadio Olímpico retoma los tres temas de la Misión Nacional (el hombre, Cristo, la Iglesia) la conversión personal y estructural aparecen como inseparables.

"Cristo enseña a ayudar siempre al hombre, a entregaros por él" (IX,2). "El amor a Cristo, el primero entre los hermanos, que quiere la dignidad y el bien de todos, ha de llevar a pensar en los demás. Ha de obligar a no instalarse en el propio egoísmo, sino a abrirse a los demás" (IX,6). "En él, eternamente joven, encontraréis la victoria de la vida sobre la muerte, la victoria de la verdad sobre la mentira y el error, la victoria del amor sobre el odio y la violencia" (IX,5).

"Ser fieles a la Iglesia es amarla como a madre nuestra que es. Que nos da a Cristo, nos da su gracia y su Palabra, nos alienta en nuestro camino, está a nuestro lado en las alegrías y en las penas" (VI,8). "En ella tenéis la palabra orientadora de Dios que da sentido a vuestra vida; la acción de Cristo que hermana a todos los hombres haciéndolos hijos del Padre común; la fuerza impulsora para vuestras energías creadoras de un mundo nuevo, justo y fraternal. Por eso la Iglesia se propone también como centro impulsor de justicia, de verdad, de lucha contra el pecado en todas sus formas" (IX,3).

"La fidelidad al hombre nos enseña que el hombre es imagen y semejanza de Dios, lo cual significa que está dotado de una inmensa dignidad. A este hombre, hijo de Dios, hemos de acogerlo, amarlo y ayudarlo. La fidelidad al hombre nos exige aceptar y respetar sus tradiciones y su cultura, ayudarlo a promoverse, defender sus derechos y recordarle sus deberes" (VI,8). "Siendo imagen y semejanza de Dios, vuestra vida no debe ser para vosotros solos, sino que debe ser un don, un regalo para los demás. Poned pues vuestras cualidades al servicio de los otros, especialmente de los más necesitados. Con esta apertura a Dios y a los hombres encontraréis la realización de vuestra personalidad" (IX,6).

RENUEVA TU PAIS

Este programa, así expresado, es